

Drácula y Superman ganaron a Emmanuelle

"NOSFERATU" ENTRE NOSOTROS

RAMIRO CRISTOBAL

Max Schreck, el Drácula de "Nosferatu", 1922.

JANE Fonda se ha empeñado en recordarnos Vietnam, pero nosotros tenemos, para defendernos, a John Travolta. Ya se sabe, una fiebre cura otra fiebre. Los periódicos se empeñan en hablar de Harrisburg y los peligros nucleares y no saben, los pobres, que tenemos a los ovnis girando alrededor de nuestras tontas cabezas. Drácula nos quiere chupar la sangre, pero nosotros tenemos a Superman, que también vuela, para darle un par de curritos si se pone tonto. Quien ha pagado el pato de todo esto ha sido Emmanuelle y eso que, hasta hace poco, decían que quien había acabado con los vampiros no había sido ni la luz del sol, ni las estacas clavadas en el pecho, sino la pornografía mayor y menor.

Aquellos que así pensaban se han equivocado. La carga erótica de los vampiros ha sido muy superior y, como prueba, ahí tenemos al nuevo Nosferatu con sus orejas puntiagudas y sus uñas afiladas, en toda su majestad. Ingenuamente se pensó que cuando se ofreciera el sexo de manera directa, el atractivo, solapado y vergonzante, del Conde Drácula o de su pariente Orlock quedaría por los suelos. Lo más que lograron las Emmannelles fue prolongar el sueño vampírico unos pocos años. Al fin, Drácula sale de su tumba —nunca muere— y viene sediento de sangre fresca de atractivas doncellas o de apuestos galanes, que aquí la homosexualidad tiene también su papel.

El sexo de los ángeles

Satanás, ángel caído, es el padre o quizá el mismo Conde Drácula. La cruz, la hostia consagrada, le hace temblar y desesperarse. Es el demonio en persona y, como tal, su sexo es poderoso. Ahí está para atestiguarlo Rosemary, la de Ira Levin, que sintió cómo "alojó su dureza contra ella y la empujó

dentro poderosamente. El era más grande, más que nunca; dolorosa, maravillosamente grande". Y lo mismo todos los incubos y súcubos, parientes próximos de los vampiros, que venían por la noche a robar la energía y la vitalidad de inocentes durmientes.

Los vampiros siempre han sido un muestrario sexual. El más famoso de todos, el de Bran Stoker, conllevaba la contradicción sexual de la sociedad victoriana: el gran pecado con-

fesado y el oculto gran placer. Por ejemplo, no se suele poner de relieve una escena fuertemente erótica de "Drácula" cuando las tres vampiras hembras tratan de seducir al joven Jonathan Harker a base de sonrisas libidinosas y aspavientos pectorales de diversas clases. Claro que la finalidad es la sangre del protagonista, pero, al final, tiene que ser el propio Conde el que las espante, alegando su derecho sobre el prisionero. Después, Drácula, que lo mismo

ejerce a pelo que a pluma, se encapricha de la joven Mina Murray, novia de Jonathan.

Por no hablar de "La amante macabra", de Gautier, o de "La hermosa vampirizada", de Dumas. Sin olvidar el más famoso de todos los relatos de vampiros, después de Drácula, es decir, "Carmilla", del otro gran irlandés, Sheridan Le Fanu. En la primera hasta es tentado un sacerdote que, naturalmente y a su pesar, cae en los hechizos de una ansiosa vampira.

El cine ha explotado esta faceta hasta la saciedad y el poco o mucho éxito de las películas de vampiros ha venido de ahí, es decir, de su marcado componente erótico. Lo que ocurrió es que el desmadre del vampiro suele acabar en incontentible choteo por parte de los espectadores, porque una cosa es simbolizar y otra ponerse en plan viejo verde. Las últimas versiones sudamericanas y españolas sobre el vampiro han equivocado estos términos y terminaron por hacer huir al viejo Drácula, corrido y destocado, como don Hilarión tras su pendencia zarzuelera.

El sexo de los ángeles caídos es importante para su leyenda, pero debe ser tan poderoso, tan indiscutible, que no admite escenas de burdel. En cuanto al de los otros, es decir, los triunfantes, aún está por demostrar, aun cuando en el Antiguo Testamento (Génesis 6, 2 y 4) se habla de cuando los ángeles se unieron a las hijas de los hombres y, en otro lado, está el relato de los hombres de Sodoma que querían trabar íntimo contacto con los ángeles refugiados en casa de Lot. Ni en uno ni en otro caso hay protestas expresas, por lo que parece que las facultades de serafines, potestades, tronos y dominaciones son al menos similares a las de sus antiguos compañeros de hemisferio, hoy en la oposición.

Lo cortés no quita lo vampiro

Los vampiros siempre fueron educados. Su condición de no-



Vincent Price, en "The bat" ("El murciélago"), 1959.



bles, pertenecientes a viejas familias, lo avala. Por lo demás, el hecho de que sus autores fueran ingleses les dotó de esta mesura de comportamiento que no obsta para su inconveniente conducta posterior. Es encantador el momento en que Drácula recibe en su castillo al joven Harker con una bellísima frase: "Bienvenido a mi casa. Entre con toda libertad. ¡Entre y deje algo de la felicidad que trae!". Después, y en todo momento, se porta con corrección; su conversación es amena y llena de cultura, su apostura y sus vestimentas, elegantes hasta el atildamiento. Para colmo —y en esto no ha caído el cine— luce unos grandes bigotes blancos que dan dignidad a su faz y es de suponer que ocultan en parte sus dientes puntiagudos. Stoker dice de su conde que era "un hombre alto y anciano, de largo bigote blanco, vestido de negro de pies a cabeza y sin el menor toque de color en su atuendo".

Lástima que luego el actor Bela Lugosi, que apenas sabía inglés, hiciera su presentación con un amenazante "Yo soy el Conde Drácula. Bienvenido". La expresión y la pronunciación de este seco saludo es la antítesis

del caballero que es el Conde, pero quizá resulta más claro para el público la maldad del personaje. Lo cierto es que mucho se ha discutido si es más terrorífico la cortesía que encubre la maldad o la crueldad bestial, sin disfraza de ningún tipo, que inventó Lugosi.

Porque lo que hace terrible al vampiro es su posibilidad de estar entre nosotros, como uno más, sin despertar sospechas. También fue Stoker, que debía creer en ellos, el que dijo que "La fuerza del vampiro estriba en que nadie cree en su existencia". Con lo que nos quería advertir de esa siniestra posibilidad, a saber: que el vampiro sea nuestro mejor amigo en espera de una buena ocasión. Muchos años de buenas palabras y confianza conversación es su mejor arma para que el día de mañana nos entreguemos a sus colmillos con toda la indefensión de nuestra inocencia.

De todas formas, cuando el expresionismo, de la mano de Murnau, nos convirtió a Drácula en Nosferatu, sabíamos que este camino había quedado cegado, porque nadie que no sea subnormal o extremadamente présbita y miope puede tener la

menor duda ante ese esperpento todo uñas y orejas. Ya en este caso, su cortesía suena a regodeo de sádico, y así no vamos a ninguna parte. Es sabido que el público de cine no suele andarse con finezas y gusta de la sal gruesa y el garrotazo y tente tieso, pero hay que reconocer que Lugosi, Christopher Lee, Peter Cushing y compañía han exagerado lo suyo.

Algunas viejas leyendas

El vampiro tiene dos características que le definen: es un muerto que vuelve entre los vivos y se alimenta de sangre para conservar su propia falsa vida. Ambas son viejas leyendas y cada una ha aterrorizado de siempre a los hombres. Luego, esta superstición se fue concentrando en una amplia zona que comprende parte de Turquía, Hungría, Polonia, Rumania y Bulgaria. En todos estos sitios surgieron repentinas eclosiones de temor colectivo a los vampiros o licántropos y en la primera mitad del siglo XVIII en un cantón de Hungría, cerca de Transilvania, hubo tal situación de terror campesino, que tomaron

cartas en el asunto los más famosos hombres de ciencia de la época y hasta las más altas magistraturas de la Iglesia, en el sentido que veremos más adelante.

Estas leyendas populares debieron tener un gran atractivo durante el Romanticismo, porque reunían una buena cantidad de ingredientes del género. Desde la nocturnidad hasta el protagonismo de cementerios y viejas mansiones; y hasta el detalle folletinesco de que el villano en cuestión fuera siempre un señor feudal de horca y cuchillo, tiránico y depravado. No hay que olvidar que los relatos de vampiros han ido siempre acompañados de las más o menos verídicas historias de Gilles de Rais, Elizabeth Bathory y del propio Vlad Dracul, simpático noble magiar que, entre combate y combate, contra los turcos, celebraba copiosos banquetes en compañía de sus víctimas empaladas o despedazadas. Aunque realmente Dracul (llamado, por mal nombre, "El empalador") no tuvo nada de vampiro, su nombre, por culpa de Stoker, quedó unido al género para siempre.

Pues bien, en el verano de ▶

1816, cinco personas de alma muy romántica y que gustaban de jugar al satanismo estaban en Villa Diodati, junto al lago Lemán. Eran los poetas Shelley y Byron, las hermanastras Mary Wollstonecraft y Claire Clairmont y el médico de Byron, John Polidori. Al parecer, fue un verano infernal. Mary se había escapado con Shelley y éste se encontraba atosigado por toda clase de deudas; por otro lado se cree que comenzaron a surgir grandes pasiones amorosas y terribles odios entre los cinco. Hay quien dice que las dos mujeres se hicieron amantes de Byron y comenzaron una guerra despiadada entre ellas. Polidori amaba, también, a Byron y disimulaba apenas su despecho. En este ambiente, por una apuesta, Mary Shelley escribió "Frankenstein" y Polidori —parece que inspirado por Byron— redactó "El vampiro", que sería el antecedente de todos los grandes vampiros posteriores. La novela de Polidori se publicó en 1819 y fue un éxito rotundo.

Pero los dos grandes relatos de vampiros son "Carmilla", de Le Fanu, y "Drácula", de Stoker. La primera, publicada en 1872, es la historia de la condesa Miracalla (evidentísimo anagrama de Carmilla), joven e inocente vampirizada que bordea el lesbianismo en su afán de absorber sangre joven. Por lo que se refiere al Drácula de Stoker, que se publicó en 1897, es la obra de la que se ha derivado todo el género posterior. Algunos autores han destacado el hecho de que la experiencia teatral de Stoker le hizo cuidar el efecto dramático hasta el máximo. De ahí su atractivo para los cineastas de nuestro siglo.

Opiniones vampíricas

Dicen, las malas lenguas, claro está, que la Iglesia católica no quiso entrar muy a fondo en el tema de los vampiros. Muertos conservados incorruptos en sus tumbas y apariciones de fallecidos, recordaban demasiado a sus santos incorruptos y a sus apariciones. Así como el encarnizamiento contra brujas y endemoniados (o energúmenos, que también eran llamados así por el padre Claret y otros) fue evidente y fácil de realizar, la acción contra vampiros, licántropos, "loupsgarous", brucolacos, zombies y fantasmas materializados, tuvo muchos menos entusiastas. Sin embargo, no faltaron preclaras personalidades de la Iglesia que trataron el tema y dieron su opinión. Máxime si tenemos en cuenta que ya en la Biblia hay algunas alusiones.

Una de estas opiniones eclesiásticas fue la del abad Agustín Calmet, que a principio del siglo XVIII escribe: "Los upiros y vampiros que se ven en Polonia y en Rusia... aparecen desde el mediodía hasta la medianoche y vienen a chupar la sangre de hombres y animales vivos y con tanta abundancia, que a veces les sale por la boca, la nariz y especialmente por las orejas, de manera que muchas veces el cadáver en el sepulcro flota en su propia sangre. Se dice que el vampiro tiene tal hambre, que le hace comer el lienzo en que está envuelto. Este redivivo o upiro, o

divina para que esto ocurra.

Muy distinta era la opinión de Voltaire, que dice: "No se sentía hablar más que de vampiros entre 1730 y 1735; se les descubría por todas partes, se les tendía emboscadas, se les arrancaba el corazón, se les quemaba... Mientras los vampiros se daban la gran vida en Polonia, Hungría, Silesia, Moravia, Austria y Lorena, no se tenían noticias de vampiros en París y Londres. Debo admitir que en estas ciudades hubiera especuladores, usureros y otros negociantes que chupaban la sangre del pueblo y a pleno día, pero de cierto

das estas historias —dice— vienen de países donde reina la ignorancia y es cosa muy probable que los griegos cismáticos sean sus principales autores".

La desconfianza por la intervención del clero es aún más clara en una carta del Papa Benedicto XIV que, conociendo bien el paño, escribe al arzobispo de Leópolis con hiriente ironía y patente indignación: "Ciertamente debe ser la grande libertad de la cual gozáis en Polonia lo que os consiente pasear aun después de la muerte. Aquí entre nosotros, Os lo aseguro, los muertos son tranquilos y silenciosos... Es asunto vuestro, arzobispo, el desarraigar tales supersticiones. Descubriréis, si vais a la fuente de tales patrañas, que los acreditan también sacerdotes que quieren ganar con ello, incitando al vulgo, crédulo por naturaleza, a pagar sus exorcismos y misas... Convened, os lo ruego, de que en todo este negocio, los vivos son los culpables".

Milagros para andar por casa

La lucha cinematográfica entre el Anticristo y los jesuitas exorcistas está, por ahora, en tablas. En unas películas los curas eliminan a Lucifer y en otras reaparece éste con tozuda insistencia. Ahora ya tiene a Drácula para reforzar. El asunto es que sigamos con nuestra dosis de fuerzas sobrenaturales, en este caso diabólicas.

Superman, prohibido en otro tiempo por la censura eclesiástica nacional-franquista, viene en nuestra ayuda. Ciertamente el mito se parece al de Jesucristo y que su intervención recuerda a la de la Providencia, pero tiene mejor imagen popular: puede ir en las botellas de refresco y en las camisetas "punk".

Ambos, Superman y Drácula, son la reencarnación del bien y el mal materializado. Ambos vuelan y sus fuerzas son inmensas, uno es feo y retorcido y el otro es guapo y atlético. Uno es libidinoso y sucio, el otro es casi asexual. De su combate final dependerá el futuro de los hombres que asistimos impotentes a su eterna batalla.

Lástima que la adaptación del mito al gusto hortera del siglo XX haya producido dos seres tan amorfos y sin gracia. Como la vida misma, nuestro diablo cotidiano, son la misma cara del mismo mal gusto norteamericano.

Y no se sabe cuál de los dos nos da más asco. ■ R. C. Dibujo de RICARDO ZAMORANO.



Cartel del dibujante Philippe Drouillet para la película de Jean Rollin "El temblor de los vampiros".

sea, el demonio bajo su apariencia, va de noche a abrazar y estrechar con violencia a sus parientes y amigos y les chupa la sangre de manera que pierden las fuerzas y, extenuándose poco a poco, mueren". Tímidamente apunta Dom Calmet la posibilidad de una permisión

no eran muertos, bien que indudablemente corruptos. Las verdaderas sanguijuelas no habitaban los cementerios, sino palacios harto cómodos".

Para Gerard van Swieten, médico de la Emperatriz María Teresa de Austria, la ignorancia es causa de la superstición: "To-